
ADAM EN EL MERCADO PERFECTAMENTE COMPETITIVO^{*1}

Karine Nyborg²

* DOI: <https://doi.org/10.18601/01245996.v28n54.08>. Este texto es una traducción autorizada del original de Nyborg (2016) y no recibió ninguna subvención específica de agencias de financiación del sector público, comercial o sin fines de lucro. Sugerencia de citación: Nyborg, K. (2016/2025). Adam en el mercado perfectamente competitivo (R. Hedger; E. E. Habte-Gabr & A. Castrillón Mora, Trads.). *Revista de Economía Institucional*, 28(54), 179-196.

1 Reproducido con autorización de Oslo Literary Agency, y la autora Karine Nyborg. Extraído de Nyborg, K. (2016). *La balada de la mano invisible* (Balladen om den usynlige hånd). Traducción del noruego al inglés por Rosie Hedger. Traducción del inglés al español por Ezana Eyassu Habte-Gabr, Magíster en Geografía, Profesor. Profesor, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, [ezana.habte-gabr@uexternado.edu.co], [<https://orcid.org/0000-0002-4401-0169>], y Alberto Castrillón Mora, Especialista en Historia Económica. Profesor, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, [alberto.castrillon@uexternado.edu.co], [<https://orcid.org/0000-0002-0733-1318>].

2 Karine Nyborg es una voz particular en la literatura económica. Con una ironía fina que define su estilo, ella misma se presenta así en su web: “Esta es mi página de ficción. También soy profesora de teoría económica”. Es catedrática de Economía en la Universidad de Oslo. Esta dualidad entre la creación literaria y el rigor académico es el sello de su obra. Nyborg utiliza la ficción para diseccionar, cuestionar y poner en aprietos los conceptos económicos que enseña en la universidad, creando un espacio literario donde la ciencia económica y la condición humana chocan con resultados lúcidos, hilarantes y profundamente perturbadores. Sus colecciones de relatos, como *La balada de la mano invisible*, son conocidas en Noruega precisamente por esta mirada crítica. Doctora en Economía. Profesora en el departamento de Economía, Universidad de Oslo, [karine.nyborg@econ.uio.no], [<https://orcid.org/0000-0002-0359-548X>].

Adam en el Mercado Perfectamente Competitivo

Resumen “Adam en el Mercado Perfectamente Competitivo” es una sátira mordaz acerca de un economista y su esposa que viajan a su luna de miel a una utopía económica teórica. Pronto descubren que este paraíso sin fallas de mercado es, en realidad, una distopía claustrofóbica donde los individuos viven aislados en burbujas y cada interacción humana debe ser contratada y pagada. Una crítica brillante a la deshumanización de la teoría económica pura.

Palabras clave: Sátira económica, Microeconomía, Mercado perfectamente competitivo, Utopía, Distopía, Fallas de mercado, Ironía, Karine Nyborg; JEL: A13, B41, D50, Z13

Adam in the Perfectly Competitive Market

Abstract “Adam in the Perfectly Competitive Market” is a sharp satire about an economist and his wife who travel to a theoretical economic utopia for their honeymoon. They soon discover this paradise without market failures is a claustrophobic dystopia where individuals live isolated in bubbles and every human interaction must be contracted and paid for. A brilliant critique of the dehumanization of pure economic theory.

Keywords: Economic Satire, Microeconomics, Perfectly Competitive Market, Utopia, Dystopia, Market Failure, Irony, Karine Nyborg; JEL: A13, B41, D50, Z13

Adam no Mercado Perfeitamente Competitivo

Resumo “Adam no Mercado Perfeitamente Competitivo” é uma sátira mordaz sobre um economista e sua esposa que viajam para sua lua de mel em uma utopia económica teórica. Logo descobrem que este paraíso sem falhas de mercado é, na realidade, uma distopia claustrofóbica onde os indivíduos vivem isolados em bolhas e cada interação humana deve ser contratada e paga. Uma crítica brilhante à deshumanização da pura teoria económica.

Palavras-chave: Sátira Económica, Microeconomia, Mercado Perfeitamente Competitivo, Utopia, Distopia, Falhas de Mercado, Ironia, Karine Nyborg; JEL: A13, B41, D50, Z13

ADAM EN EL MERCADO PERFECTAMENTE COMPETITIVO

Temo decepcionarme, piensa Adam, eso es todo.

El traje espacial le queda ajustado como una lata de conservas; ya es tarde para enjugarse el sudor de la frente.

En el traje que la envuelve completamente, Susanne es apenas reconocible. Solo sus ojos son visibles a través de la visera abierta, impasibles como siempre. Adam le guiña un ojo y, con deleite, percibe que ella le devuelve el guiño; no cabe duda de que realmente ha cambiado.

—¿Listos? La voz del guía resuena clara en sus auriculares. Adam, al mirar a través de la pantalla protectora, encuentra su mirada.

—Listo —responde.

El guía se vuelve hacia Susanne.

—Lista —dice ella.

—Como ya les comenté —prosigue el guía—, me comunicaré con ustedes a través de los auriculares, pero la conexión podría perderse al llegar. El transporte de regreso sale puntual. No se retrasen.

Adam espera impaciente a que sellen la visera. Él no pidió un guía; fue solo por insistencia de la agencia de viajes que aceptaron uno. No es que pueda culparlos: no mencionó que ambos son especialistas en análisis microeconómico, ni que se enamoraron en una conferencia sobre teoría avanzada del consumidor.

—Bien —dice el guía—, todo debería ir perfecto. ¡Buen viaje! Gira la gran palanca hacia la derecha con un clic. Una sombra oscura se desliza ante ellos, descendiendo desde arriba con un leve zumbido. Adam atisba a Susanne, los ojos muy abiertos, como arrepentida, antes de que la sombra devore su campo visual y todo se vuelva negro.

Susanne nunca sufre de nerviosismo. El zumbido cesa. La oscuridad lo envuelve todo. No se escucha ni un sonido.

De la nada, comienza la tracción: lo arrastra como una centrifugadora, se marea, pierde todo sentido del peso, del arriba y abajo. Busca instintivamente la mano de Susanne. ¿Dónde está? ¿Cómo pudieron elegir una luna de miel con traslados separados?

—Bueno, sí —había confirmado la agente de servicio al cliente en la sucursal central—, tiene razón, eso se menciona en nuestra web.

Era menuda, de pelo oscuro, con falda y una blusa roja con el logo de la empresa.

—Pero, siendo sincera —continuó—, es más bien por promoción. Para ilustrar la amplitud de nuestros servicios, ¿me entiende? Rara vez enviamos a alguien allí.

Él la miró. Ella carraspeó.

—Nunca hemos enviado a nadie —aclaró.

Se volvió a Susanne con una sonrisa amplia.

—Pero —prosiguió—, tenemos otras opciones muy emocionantes.

Hogwarts y Duckburg son ahora nuestros destinos más populares, sobre todo para familias. Las parejas suelen elegir el Jardín del Edén si buscan algo rural, o el Valhalla si prefieren más animación y ambiente festivo. Pero si tuviera que recomendarles algo para su luna de miel —añadió, tocando el hombro de Susanne con familiaridad—, sin duda les diría que nada supera a Lothlórien.

Susanne cruzó los brazos en silencio. La mirada de la agente vaciló. Adam se sintió incómodo; aunque admiraba la tendencia de Susanne a ignorar códigos sociales, era un hecho desafortunado que eso rara vez mejoraba su eficiencia.

—Si buscan utopías —dijo la agente—, tenemos muchas opciones probadas en ese género. ¿Qué tal el Estado Ideal de Platón? ¿La dictadura del proletariado? Esta última es increíble.

—No vinimos a escuchar recomendaciones —puntualizó Susanne—. Vinimos a organizar nuestro viaje.

La agente frunció los labios y estudió a Susanne. Luego se volvió a Adam, dio un paso hacia él, oscureciendo parcialmente a Susanne antes de clavarle la mirada.

—El destino no está debidamente probado. Además... —¿Además qué? —preguntó Susanne. —Bueno —continuó la agente, sin apartar la vista de Adam—, en realidad no es un destino... apropiado para una luna de miel.

Espero que su transporte les resulte cómodo.

La voz del guía irrumpió en la oscuridad, ahora más lejana, metálica.

Les damos la bienvenida a este viaje al mercado perfectamente competitivo. Procederemos ahora con protocolos de seguridad y les rogamos mantengan su máxima atención.

La tracción sigue siendo intensa, pero ahora es constante y el mareo ha remitido. La curiosidad de Adam regresa poco a poco. Por fin experimentará en persona ese mundo que lo fascinó desde que inició sus estudios; una utopía tan radical que alguien con sus vivencias infantiles apenas podría creer en ella, de no ser porque su existencia fue demostrada matemáticamente en 1954: una sociedad sin engaño, opresión, coerción ni intimidación.

A continuación, un resumen de la información recibida durante la reserva, que ya deberían conocer. Nuestra agencia no se hace responsable de daños por imprevistos durante su estancia.

El viajero es responsable de informarse sobre las diferencias prácticas y culturales establecidas antes de la llegada. Tengan presente que, para el destino al que viajan, las diferencias culturales son inusualmente grandes: no hablamos de otra cultura, sino de la ausencia total de cultura.

El mercado perfectamente competitivo es una de las utopías más influyentes del mundo. En este escenario ficticio —cuyos orígenes suelen atribuirse a Adam Smith y su “mano invisible”—, el interés propio y el social son idénticos: la búsqueda de objetivos egoístas individuales se considera automáticamente beneficiosa para la sociedad.

Existen varias versiones de esta utopía, con un rasgo común: están construidas de modo que el libre comercio nunca es perjudicial, solo beneficioso. Esta característica notable ha convertido la ficción en una herramienta central del análisis económico. De hecho, es el baremo con el que los economistas evalúan políticas: donde el mundo real se desvía de la utopía (llamado “fallo de mercado”), puede ser necesaria la intervención política; donde coincide con ella, las medidas se consideran innecesarias, pues el mercado perfectamente competitivo, al fin y al cabo, funciona a la perfección.

Viajan a la versión 14b de nuestro catálogo: una variante del “mundo sin fallas de mercado” que universidades de todo el mundo presentan a los nuevos estudiantes de economía, y que es parte esencial de todo curso básico de microeconomía.

—¡Hola! —exclama Adam—. ¡Hola! Disculpe. Omita todo esto, ya lo conocemos.

Disculpas. Legalmente debemos repasar estos puntos como parte de los protocolos de seguridad.

—¡Susanne! —grita—. ¡Haz que pare!

Ella no puede oírle.

El guía suena irritado.

Supongo que les interesa su seguridad. Bien, ¿dónde íbamos? Ah, sí. Aún no hay guías turísticos. Así que resumiremos brevemente los puntos clave de la literatura sobre este destino:

Cualquier cosa de interés puede comprarse o venderse al precio de mercado.

Nadie puede influir en los precios de mercado. Todos consideran los precios fijos.

No hay secretos: todos tienen acceso a la misma información.

No existen efectos externos —influir en otros, salvo como parte de un acuerdo comercial—.

No existen bienes públicos —accesibles y de uso libre para todos—.

Adam gime. Pese al enfoque simplista, la información soltada por el guía no es más inspiradora que las típicas introducciones a sus características: técnica, prosaica, carente de perspectiva. ¿Por qué no menciona, por ejemplo, que habla de un mundo sin guerras?

Adam está a punto de reprenderlo, pero se contiene; está de vacaciones. Solo conoce a una persona que comprende plenamente el mercado perfectamente competitivo, y que por tanto entiende el simbolismo de viajar juntos a un mundo de absoluta apertura, independencia y libertad: Susanne. Recuerda el calor de su cuerpo la noche anterior, bajo el edredón, ambos aún recuperando el aliento, cuando ella dijo:

—Adam. ¿Qué crees que ocurre en el mercado perfectamente competitivo cuando llegan turistas?

—¿Mmm? —Todas las inconsistencias. ¿Y si todo se derrumba?

—Suzanne. No hay inconsistencias. Su existencia está demostrada matemáticamente. —Pero los visitantes no estaban incluidos en eso.

—Shhh. Adam la rodeó con un brazo.

—¿Tu mente nunca deja de analizar? —preguntó, riendo entre dientes. Susanne apoyó la cabeza en su hombro y se arropó con el edredón. —Bueno —respondió, bostezando—, seguro que estaremos bien. Todo mundo tiene sus misterios inexplicables. La muerte. La infinitud del universo.

Y se durmió, con el brazo sobre su pecho y la frente contra su cuello. Pero al volver del trabajo al día siguiente, de pie en el autobús, reflexionó sobre sus palabras y comprendió que le atraía esa idea: que el mercado perfectamente competitivo compartía rasgos con la muerte, con la infinitud del universo. El autobús avanzaba lentamente hacia el cruce, los pasajeros apretujados a su alrededor con su sudor y mal aliento, y él supo que escaparía de todo eso en el mercado perfectamente competitivo: los atascos y las colas son ejemplos clásicos de efectos externos, igual que el sudor y el mal aliento. El autobús giró hacia Skøyen y las cabezas de los pasajeros bloquearon la vista por la ventana, pero entre ellas vislumbró un instante de mar, cielo, destellos de sol en las olas, gaviotas planeando en la brisa. Un tráiler tapó la vista, luego el atasco se disolvió; el autobús avanzó hacia la cabina de peaje, pero la imagen de las gaviotas, tan libres, independientes, persistió en su mente, recordándole su viaje inminente y a Susanne: la miembro más perspicaz del departamento, la maravillosa, extraordinaria Susanne, la mujer con quien ahora estaba casado, la mujer que cedió cuando él le prometió esta luna de miel; y recuerda su sorpresa

ante su propuesta, la inusual ternura en su expresión. Mañana vamos allí, pensó, Susanne y yo.

Al igual que los viajes al pasado, los viajes al mercado perfectamente competitivo siguen en fase experimental.

La tracción que siente ahora apenas lo distrae, como si hubiera olvidado comer.

El contacto superficial entre la ficción y nuestro mundo está inexplorado. Se desconoce si los turistas están sujetos a las leyes naturales locales y pueden adaptarse a ellas. Por ejemplo, ignoramos si los visitantes adquieren instantáneamente el conocimiento de la población local y, de ser así, si pueden manejar tal volumen de datos.

Aficionado, piensa Adam. ¿Por qué habría de saber uno todo lo que saben los demás? Basta con saber lo necesario, lo relevante para transacciones potenciales.

Están aterrizando. Les deseamos una estancia agradable. ¡Bienvenidos al mercado perfectamente competitivo —felices compras!

La tracción cesa. Siente un temblor fugaz, como de una explosión lejana; luego, solo silencio intenso.

Adam intenta girar, mirar alrededor, pero el traje es demasiado ajustado, rígido, y todo sigue completamente negro.

Permanece en silencio, esperando que se abra la visera; piensa en el mar, en las gaviotas, en Susanne dormida, con la mejilla sobre su hombro.

Es extraño que tarde tanto. La paciencia nunca fue el fuerte de Adam; además, le ha empezado a picar el cuero cabelludo, una especie de hormigueo, bastante intenso además. Anhela salir del traje, despeinarse, frotarse la cabeza con las palmas. Quizá sea como los vuelos normales: colas para salir, falta de personal, retrasos con el equipaje. Bueno, colas no puede ser.

—Hola —dice al micrófono—. Disculpe. ¿Podrían abrir pronto?

Nadie responde. El hormigueo no amaina; no es un picor común, sino más bien un zumbido, un murmullo, como un enorme enjambre de abejas trepando, reptando alrededor de su cráneo, dentro de él. Sueña más que antes: frente, cuello, axilas. Quiere forzar la visera para abrirla, pero los brazos se inmovilizan al intentar moverse: el traje es inflexible, rígido, ceñido a cada centímetro de su cuerpo.

—Susanne, ¿tienes abierta la visera? ¿Ves algo?

Adam tiene la boca seca. El hormigueo se extiende a su garganta, párpados, oídos; intenta concentrarse, respirar hondo, pero no sirve, el aire del traje está viciado, gastado.

—¿Susanne?

No puede ser que deban pasar tanto tiempo dentro de los trajes.

—Hola —llama con voz contenida—. Pronto necesitaré más oxígeno. ¿Puede alguien darme oxígeno?

Adam recuerda algo que dijo el guía antes de partir: “Quizá necesiten esto durante toda su estancia”, pero no podía referirse al traje espacial, ¿verdad? ¿Encerrado en una lata con forma humana durante su luna de miel? Ja, ja.

—¡Hola! Sus labios están entumecidos. Hace lo posible por no ceder a la histeria; no está histérico, solo está confinado, ciego, sordo, solo, bajo el ataque de este hormigueo, asfixiándose.

—¡Sáquenme! Su grito se ahoga dentro del casco ajustado. Quiere patear, forcejear con los brazos. ¿Qué le pasa? ¿Y a Susanne? El enjambre de abejas pulula a su alrededor, fuera de él, punzando, picando. ¿Qué clase de broma es esta? ¿Quién la ha tramado? ¿Por qué nada funciona? ¿Por qué no entiende nada? La microeconomía es su especialidad, pero jamás oyó que en el mercado perfectamente competitivo encerraran a la gente en trajes espaciales.

—¡Susanne! ¡Ayuda!

Respira demasiado rápido. Debe serenarse. Debe ahorrar oxígeno; es su luna de miel, su luna de miel con Susanne. Y hay mucho que decir de Susanne, pero ella es la indicada, con quien quiere estar. Se muere dentro de esta lata humana sin ella, y lo único positivo es que al menos lograron ser marido y mujer antes de que fuera demasiado tarde.

Es decir, si un matrimonio celebrado en una sociedad con leyes tan primitivas se considera vinculante aquí.

Por un instante, olvida contener el enjambre, protegerse de él. Aterrorizado, siente que la horda se fusiona con sus pensamientos, inundando su conciencia, sumergiéndola; jadea, siente que algo se desprende, se libera... y luego encaja.

Una claridad inmensa, sin límites, lo abruma.

Lo sabe todo.

Está en el mercado perfectamente competitivo. Todo lo que sabe una persona, él también lo sabe —porque ¿qué información no podría considerarse relevante, directa o indirectamente, para alguna transacción potencial?

Y el contrato matrimonial con Susanne... ¡es totalmente incompleto! ¿Deben sonreír al despertar? ¿Debe ella salir de la cama con el pie derecho o izquierdo? ¿Quién abre el cartón de leche? ¿Cuánto debe afeitarse él? ¿Qué compensación deberá si olvida peinarse o da

un beso sin el grado de pasión requerido? Casi nada está especificado en su contrato.

¡Una relación así estaría plagada de efectos externos! Todo contrato válido debe estar completamente especificado.

Lo ve todo, lo sabe todo: los guisantes de primera calidad se venden a dieciocho coronas el kilo; el canto del escribano cerillo cuesta cuarenta y cuatro coronas el minuto; la luz del día se cotiza a cincuenta y ocho coronas diarias. Se reclaman operarios para la cadena de montaje del sector quince con doce coronas por hora según experiencia, cuatro coronas extra por buen ánimo, seis por pestanas largas. La oferta de jóvenes de piel immaculada en el mercado matrimonial es limitada, y el precio de equilibrio, astronómico. Hay aire fresco disponible, entrega inmediata, a cuatro coronas el metro cúbico.

Cierra los ojos y reprime una tos sibilante mientras lucha por obtener perspectiva, por ver el todo.

Puede verlo.

Es lógico, hermoso, con una simplicidad asombrosa que lo mantiene unido: como las ecuaciones de los artículos que él y Susanne publican (por separado —ella jamás lo aceptaría como coautor; sus contribuciones carecen de relevancia).

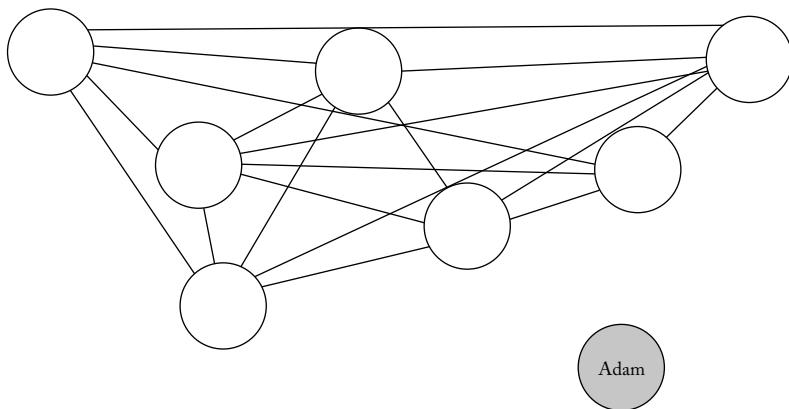
¡Claro que la gente está sellada de su entorno! ¿De qué otro modo podría comprarse y venderse absolutamente todo? La vista de la hierba escarchada, por ejemplo, o el cielo brumoso, o el asfalto mojado, sin mencionar un atisbo del mar, de las gaviotas: ¿cómo podrían venderse o comprarse a precio de mercado si los transeúntes pudieran experimentarlos gratis?

No: todo lo de valor potencial debe ocultarse de quienes no lo han pagado. De ahí el traje espacial: inamovible, rígido, sellado al aire, el sonido y la luz.

¿Cómo pudo él, investigador, pasar por alto algo tan obvio? ¡Incluso pidió, en su total ignorancia, que lo “sacaran”, como si hubiera un “afuera” aquí, como si todas esas cosas que concibe como “afuera” —entorno compartido, vistas, luz, aire— no fueran en realidad bienes públicos que no existen!

El mercado perfectamente competitivo es oclusión.

¿Por qué nadie se lo señaló? ¿Por qué jamás lo vio siquiera insinuado en la literatura? El esbozo de un diagrama aparece en la mente de Adam, una estructura de maravillosa simplicidad:



El diagrama es esquemático y, naturalmente, subestima el número de propiedades privadas, además de ignorar variaciones de tamaño, forma y contenido —desde trajes espaciales como el suyo hasta los jardines de los ricos, con columnas de mármol y arquitectura interior intrincada—, pero nada de eso importa.

El foco son las cápsulas herméticas, las burbujas, que separan a cada individuo. Sin ellas, el mercado perfectamente competitivo no podría existir. Ellas garantizan el derecho a la propiedad, evitan el parasitismo y protegen al individuo de la influencia e interferencia ajena.

Y fuera de ellas, entre ellas, solo hay una cosa, indicada por las líneas del diagrama: el flujo comercial.

El comercio requiere transporte. El movimiento libre —en coches o helicópteros— es, naturalmente, imposible. La gente podría chocar o estorbar a otros, constituyendo efectos externos; además, no hay un “afuera” donde moverse libremente. El movimiento físico ocurre mediante tubos transportadores: conductos flexibles, herméticos, extensibles como un telescopio. Los tubos conectan propiedades donde se formalizan acuerdos comerciales, previo pago de alquiler de coordinación a los propietarios de la ruta (“terratenientes” sería un término engañoso, pues no hay exterior ni tierra que poseer).

La comprensión le parece inmensa, sin límites: como estar en la cima del mundo, contemplándolo todo, comprendiéndolo todo, como las descripciones que Adam ha oído de la heroína; nunca ha vivido nada igual, nunca ha sentido algo así. Él y Susanne podrán hablar de esto durante semanas, años; compartir recuerdos de esta vasta, infinita claridad; publicar artículos juntos, donde quieran: *American Economic Review, Quarterly Journal*.

Si llegan a casa.

Porque ya no puede reprimir sus jadeos, le duele el pecho y un silbido agudo resuena en sus oídos. Sabe que pronto perderá el conocimiento; inconsciente, no podrá firmar contratos, y sin contratos no conseguirá oxígeno. ¿Cuánto costaba? Cuatro coronas el metro cúbico, en moneda local. Él no tiene moneda local. ¿Qué puede ofrecer? ¿Trabajo en cadena? ¿Él mismo?

¿Puede enviarse a personas por tubos transportadores? ¿Puede una persona entrar en la burbuja de otra?

¡Sí! Es la única forma de que todo pueda comprarse y venderse, incluso servicios que requieren presencia personal: peluquería, sexo, matrimonio. Cuando varias personas comparten un espacio, naturalmente se influyen: contacto, sonido, olor, placer o disgusto estético. Así que, para garantizar que estos elementos formen parte del intercambio y no constituyan efectos externos, los contratos que permiten el acceso a la burbuja ajena deben especificar conducta, comportamiento y reacción emocional ante cada situación, con el mayor detalle.

Pero el entorno compartido —la luz matinal por las cortinas, el olor del jabón verde— ¿no son acaso bienes públicos que no existen?

Bueno, sí y no. ¿Son realmente bienes públicos si el acceso a ellos es una mercancía comercializada y completamente especificada?

Es una cuestión de definición. Como en otras cuestiones de definición, existe una versión del mercado perfectamente competitivo para cada definición alternativa; y afortunadamente, gracias a la intervención de Susanne durante la reserva, Adam y Susanne están en la versión 14b, no en la 14a.

En la versión 14a —la que Adam más explora en sus propias clases— no hay bienes públicos, independientemente de si el acceso se comercia. Solo ahora entiende que, como resultado, el comercio de servicios que requieren presencia personal es imposible. Además, en la versión 14a, no existen experiencias sensoriales mutuas. Cosas así se considerarían bienes públicos locales, que no existen. En la versión 14a, todos están eternamente separados en sus burbujas herméticas individuales.

Pero entonces, ¿cómo es posible que todo lo de interés pueda comprarse y venderse? Sencillamente porque nadie en la versión 14a está interesado en ningún contacto personal.

De hecho, la versión 14a del mercado perfectamente competitivo es el equivalente mental a un agujero negro: todos poseen el mismo conocimiento. Ese conocimiento es, por tanto, un bien público.

Pero no hay bienes públicos y, por tanto, no existe tal cosa como el conocimiento.

El individuo en la versión 14a del mercado perfectamente competitivo no es, por tanto, consciente de este hecho ni de nada más.

Pero ellos no están allí. Están en una versión mucho más flexible: ¡la 14b! Y Adam tiene muchas cosas que vender: puede trabajar, es atractivo... Oye. Espera. ¿Qué es esto? ¿Qué diablos...? No puede ser. ¿Está Susanne en el mercado matrimonial? Bueno, quizá no sea tan sorprendente... ¿pero con propiedad propia?

Adam ríe brevemente y tose. ¡Qué ignorancia sin límites la suya! ¡Cuán poco ha comprendido y cuánto ha malinterpretado! Ella le dijo una vez, cuando elogió uno de sus argumentos analíticos, que es de aquí: Sí, dijo, nací y me crié en el mercado perfectamente competitivo. Y él siempre había creído que era una broma... pero ¿acostumbraba Susanne a bromear?

Esto es increíble. Brillante. ¿Habrá malinterpretado? No. Su propiedad tiene espacio para ambos.

Llegar a un acuerdo es fácil. Su oferta refleja el precio de equilibrio: él es joven y nunca ha tenido un grano. Él sugiere algunos añadidos y ajustes menores, luego acepta todas sus condiciones, cada detalle; ni siquiera intenta regatear. ¿Por qué regatearía con ella? Esto es exactamente lo que quiere, esto y nada más. Firma el contrato —basta con pensarla; una firma física es redundante aquí, donde todos poseen el mismo conocimiento: toda la población conoce inmediatamente los requisitos y su aceptación, si se necesita verificación.

La visera se abre. El aire fluye hacia el casco, fresco, viciado, como en una cueva. Respira hondo, absorbiendo todo el aire posible. El traje se afloja, se abre.

Adam sale con cautela. Está en un tubo, tenuemente iluminado, lo bastante alto para estar de pie, lo bastante ancho para moverse: un tubo transportador, y no cualquiera; según el contrato matrimonial que acaba de aceptar, este es su propio tubo transportador: estándar básico, con alquiler de coordinación cubierto para el primer viaje.

Respira hondo y empieza a caminar; pronto echa a correr. Susanne está en la entrada. La ve a lo lejos. La puerta se cierra tras él y está allí, dentro, en sus brazos, su calor, su olor: jazmín, pimienta de Jamaica, las fragancias de su perfume estipuladas contractualmente. Él siempre había creído que era canela, pero ¿qué importa? Es el olor de Susanne.

Se abrazan con inusual intensidad, arrancándose la ropa, enredando las manos en el pelo del otro, exactamente como se especifica en su contrato. Y la sensación de ser observado, visto por todos, solo es

comparable a cuando él y Eva, la vecina, su única amiga de la infancia, jugaban a médicos en una tienda del jardín a los ocho años: la luz amarilla de la tarde brillaba a través de la lona, abrieron la cremallera y cayeron al césped solo para descubrir al círculo de niñas de su clase, de pie afuera, riendo.

Lo despierta el sonido de la lluvia.

Adam sube un poco el edredón y se acerca a Susanne, según lo acordado. Ella duerme. El sonido de la lluvia es natural; sus altavoces son excepcionales, como el resto de su equipo: todo tipo de clima en combinaciones refrescantes; temperatura y oxígeno según la actividad; colores limpios y nítidos.

Incluso aquí, en la oscuridad bajo el edredón, lo acompañan los pensamientos de los otros siete mil millones de habitantes del mercado perfectamente competitivo —igual que sus pensamientos los acompañan a ellos. Es extraño, piensa. En casa, compartimos lo externo pero no lo interno; aquí es totalmente al revés. Una combinación increíble: en paz y tranquilidad, pero nunca solo.

Alarga la mano y encuentra el panel de control: baja el volumen de la lluvia, enciende las ventanas. Aparecen nubes, que se acumulan en forma y profundidad, poniéndose en movimiento. La habitación se ilumina y ve el techo, las paredes, el tocador: todas estas impresiones compradas y pagadas legalmente.

Susanne duerme. Está de lado, con un camisón ligero, los hombros bronceados por el sol, la mano bajo la mejilla. También le gusta el camisón; lo raro fue lo de la mano bajo la mejilla.

Los contratos completamente especificados que cubren todas las eventualidades son increíbles; en casa siempre tenía que preguntarse qué soñaba ella, qué humor tendría al despertar, qué debía decir o hacer.

Pero debe levantarse. Esto no son vacaciones: el acceso al dominio de Susanne requirió más que buena piel; toda su capacidad laboral fue parte del acuerdo. El trabajo de hoy en la cadena de montaje ya está concertado, con especificación completa de todas las características del lugar de trabajo y de cada influencia sensorial entre él y otros trabajadores.

Es molesto que no pueda trabajar como físico nuclear o abogado ahora que, por fin, posee el conocimiento que requieren esos roles. Pero, lamentablemente, otros también lo poseen; además, la demanda de abogados es baja en una sociedad sin secretos.

Adam duda un instante. No quiere levantarse, quiere quedarse un poco más junto a Susanne. Se serena y aparta el edredón. Al tocar el

suelo con los pies, siente un estremecimiento, una inquietud sorda, como un trueno lejano. Mira hacia arriba, sobresaltado; el temblor remite, y sin embargo algo se siente distinto, como si la calidad del color a su alrededor se hubiera desvanecido.

Besa la mejilla de Susanne, según lo acordado, y se levanta. Ella gruñe, medio dormida, parpadea varias veces, luego se acurruga en posición fetal, puños apretados bajo la barbilla, codos sobresaliendo, antes de estirarse y bostezar.

Es asombroso, piensa Adam, que incluso tuvieran que especificar cuándo y cómo se despertaría, y que realmente se despierte así —aquí nada ocurre por casualidad. Esto último es muy sorprendente: el trabajo de campo está definitivamente infravalorado como método de investigación en teoría microeconómica.

Adam les ha dicho a sus alumnos que la incertidumbre y los eventos aleatorios no son problema en el mercado perfectamente competitivo. Simplemente se aseguran contratos condicionales, explicaba: “Si Susanne se despierta a las 07:51 y gruñe, Adam debe besarla en la mejilla. Si se despierta a las 07:52 y gruñe, no debe besarla. Si se despierta a las 07:52 y no gruñe, debe besarla la frente”, etc. Así, incluso el azar puede incorporarse a contratos completamente especificados.

Lo que Adam no ha pensado —al parecer, como todos en casa— es lo siguiente: supongamos que Susanne se despierta de forma arbitraria —por ejemplo, hace una mueca— y Adam está cerca y lo registra. En ese momento, él sabrá de su expresión. Y, como toda la información se comparte, todos los demás lo sabrán inmediatamente también; esta nueva información les es impuesta sin haberla pedido ni aceptado, sin estar articulada en ningún acuerdo comercial: un ejemplo flagrante de efectos externos que no existen.

Esto, comprende Adam, es otra consecuencia de la inconsistencia inherente —pero tristemente no reconocida— del mercado perfectamente competitivo: el conocimiento común es un bien público. Los bienes públicos no existen.

En la versión 14a, el agujero negro mental, los eventos pueden ser tan aleatorios como quieran. Allí, la nueva información no tiene efecto alguno —la cabeza de cada individuo está vacía de todos modos. Pero aquí, en la versión 14b, en la propiedad hermética de Susanne, toda observación de eventos imprevistos impondría nueva información a otros, dentro de otras burbujas. Por tanto, todos los eventos observables de forma privada están predeterminados; todo lo que jamás habrá que saber sobre ellos, ya se sabe.

¡Imagina la estupefacción de sus colegas en casa cuando señale este hecho!

El tiempo en los monitores ha mejorado. Las nubes son blancas y delicadas: cúmulos de buen tiempo. En la esquina superior de la ventana virtual, tres gaviotas cruzan el cielo, distantes, realistas.

Susanne está sentada en la cama. Sonríe, pasándose los dedos por el pelo. Adam le devuelve la sonrisa, cejas ligeramente alzadas, como se especifica. Susanne, amada Susanne, qué alivio estar juntos otra vez, mirándose unos segundos según su contrato, saboreando el color de sus ojos marrones... un milisegundo demasiado largo. Y en ese momento siente que el temblor regresa, como un retumbar lejano.

—Adam —dice Susanne rápidamente—. Tenemos que hablar.

Su voz suena apagada, como si hubiera un fallo de audio. —¿Hablar? —repite Adam, sorprendido. Aquí nadie habla. No hay necesidad.

—No estás bien integrado, Adam —dice—. Hay mucho que simplemente no entiendes.

Queda desconcertado. El pelo de Susanne está despeinado, un mechón sobresale junto a su oreja. ¿Lo especifica el contrato?

—Y necesitas entender cómo funcionan las cosas aquí —agrega.

Él mira su pelo; de repente sabe exactamente lo que dirá. —Pero, Susanne —balbucea—. No puedes echarme así. ¡Estamos casados! —Todos tus contratos están anulados.

Su expresión es borrosa, poco clara. Quizá necesita gafas.

—Eres completamente impredecible —dice, con un dejo de frustración—, ¡incapaz de cumplir un contrato! Te cuesta levantarte por la mañana! ¡Me miras demasiado tiempo! ¿Por qué? ¿No ves que por cada capricho no contratado, todos aquí se estremecen, se horrorizan? ¿Qué es esto?, piensan, ¿acaso se influyen más allá de su acuerdo? ¿Pero no es el mercado perfectamente competitivo perfecto? ¡Estás creando marejadas de efectos externos, una y otra vez!

Los colores de la habitación son ahora translúcidos, los contornos indistintos. Adam parpadea y se frota los ojos.

—Creí que te integrarías como yo —continúa Susanne—, que encajarías, como yo encajé en tu mundo.

Adam recuerda las miradas que sus colegas intercambiaban a espaldas de Susanne, las expresiones petrificadas de los estudiantes durante sus clases; no dice nada, ella luce consternada.

—Toda esta ficción se está disolviendo, Adam, ¡y todo por ti! —¿Por mí? Susanne lanza las manos en un gesto de desdén. ¿Dónde está su famosa falta de expresión ahora? Realmente ha cambiado.

—¡Bueno, por nosotros, entonces! —grita—. Yo hice mi parte al venir aquí: ¡un evento único! ¡Un riesgo calculado! Ambos sabíamos que la combinación de su conocimiento y el nuestro crearía una mirada de efectos externos al aterrizar.

Es un pensamiento que nunca se le ocurrió a Adam. Susanne lo mira aterrorizada. —¿De verdad? ¿En serio? —pregunta.

Entre los bien integrados, todo el conocimiento se comparte. Sin embargo, los poco integrados también acceden a bastante; por eso Adam sabe que no le asusta su indiferencia —el hecho de que pasara por alto las externalidades de conocimiento que ocurrirían al aterrizar: su ignorancia se explica fácilmente por sus orígenes terrenales, que no lo entrenaron en telepatía ni en prácticas del mercado perfectamente competitivo.

Lo que asusta a Susanne es que no registró su ignorancia. Y para Susanne, nacida y criada en el mercado perfectamente competitivo, esto solo puede significar una cosa.

—Adam, te amé. Así de bien integrada estaba.

Él oye la tensión en su voz, sus intentos de ocultar lo que aquí no puede ocultarse: que ha estado demasiado tiempo en el exilio, que se integró en otro mundo, que ya no encaja aquí.

Extiende la mano hacia ella; no siente nada, como si no estuviera realmente allí.

—Y ahora, por ejemplo —continúa ella, imperturbable—, tienes un grano en la frente. ¿Cómo podría alguien como tú firmar un contrato completamente especificado? ¿Alguien sin control sobre cuerpo o mente?

—¿Ya no sientes lo mismo? —susurra él—. ¿Ya no me amas?

Intenta captar su mirada, pero no puede; todo se ha vuelto borroso, una película desenfocada.

—Pero Adam. ¿Qué significa eso, amar?

Habla despacio, condescendiente, como a un niño lerdo. Él concentra su mirada en sus zapatos, se agacha, intenta atarse el cordón.

—¿Ser irremplazables el uno para el otro, quizá? —sugiere ella.

El cordón es difícil de agarrar; ha perdido toda sensibilidad en los dedos.

—¿Estar ahí el uno para el otro, incondicionalmente?

El sol amarillo de la tarde brilla a través de la tienda de lona, iluminando a Eva, de once años, su sonrisa, sus ojos brillantes. Y el zumbido alrededor de Adam regresa, peor que nunca, un tintineo en los oídos, una reverberación en su cerebro: personas jóvenes y viejas, hombres y mujeres, de cada rincón remoto del mercado perfectamente

competitivo, ríen incontrolablemente, con ganas, de él: el hombre que cree que el amor es posible aquí, en el mercado perfectamente competitivo.

—Creo que estás loco —dice Susanne, sonriendo y secándose el rabillo del ojo—. Piensa un momento. ¿Un bien que no está a la venta? ¿Poder de mercado en el mercado sexual?

Sus palabras resuenan hondo, no articuladas, deslizándose, como un disco que se detiene bruscamente.

Extiende la mano hacia ella, quiere gritar que debe volver con él, que al menos le preste dinero para el alquiler de coordinación, que el transporte de regreso no llegará en seis días. Pero ningún sonido escapa de sus labios. Su imagen se distorsiona, todo es neblinoso. La gravedad debe estar descompuesta también; necesita algo a qué agarrarse, se tambalea hacia la puerta, agarra el pomo... no está. Aún así, lo golpean el frío y el olor a tierra.

Se da la vuelta. Ella se ha ido. La puerta se ha ido. Todo rastro de Susanne, de su burbuja hermética, desaparecido.

Tantea a ciegas las paredes del tubo. No encuentra nada, no siente nada, nada salvo jadear por aire, nada salvo la sensación de ser devorado por un agujero infinito, sin fondo.

Es perfectamente oscuro, perfectamente silencioso.

¿Dónde está?

¿Qué ha pasado?

¿Sigue en la versión 14b del mercado perfectamente competitivo, sin que nadie quiera comerciar con él?

¿Lo enviaron a la versión 14a —el agujero negro mental?

¿Destruyó para siempre el mercado perfectamente competitivo? ¿Es el Armagedón?

No lo sabe. Pero tampoco importa; para él, las consecuencias son exactamente las mismas.

Tras esta revelación, surge otro pensamiento, uno que lo sacude, lo sume en duda existencial, lo obliga a cuestionar si su vida y todo su trabajo se basaron en un malentendido, un error.

Recuerda las palabras del guía: donde el mundo real se desvía de la utopía, el llamado “fallo de mercado”, puede ser necesaria la intervención política; donde el mundo real se alinea con la utopía, las medidas se consideran innecesarias, pues el mercado perfectamente competitivo, al fin y al cabo, funciona a la perfección.

Es como si las palabras salieran de una de sus clases, en línea con su propia convicción. Hasta ahora. Porque ahora se le ocurre que este razonamiento fundamental lo ha desviado de alguna manera; aunque

no sabe cómo, siente que quizá esta luna de miel no ha sido del todo perfecta, que sería agradable, ahora, ver algún tipo de intervención política.

Pero no avanza más en su pensamiento. Este es el momento en que los niveles de oxígeno en la sangre de Adam caen por debajo de lo crítico para el funcionamiento cerebral normal. En un instante, justo cuando su conciencia se desvanece, las sinapsis moribundas de su cerebro crean una última noción vívida: extraños se aprietan a su alrededor, siente el calor de sus cuerpos, el olor de su sudor, su aliento, y mientras el autobús avanza a paso de tortuga, vislumbra algo entre sus cabezas: cielo azul, un destello de luz en el mar, una gaviota. Y la última comprensión de Adam es también la más grande: extraña el tráfico de la hora pico en Skøyen.